CAPITULO XX.

El B. Sebastian conoce las cosas ocultas, predice las futuras, y cura á algunos prodigiosamente.

Aunque en el discurso de esta Vida se han contado ya algunos hechos, por los que se conoce claramente cuan privilegiado fuese de Dios el Beato SEBASTIAN, para penetrar los pensamientos agenos, conocer las cosas ocultas y vaticinar las futuras; sinembargo, debiéndose ahora de propósito hablar de esto, referiremos otros muchos sucesos, por los que se conocerá mucho mas, que en él era esta virtud sobrenatural y don divino.

Yendo él frecuentemente á predicar al monasterio de la Santa Cruz, en todos sus sermones pintaba el miserabilísimo estado del que calla pecados graves en el tribunal de la penitencia. Fué tan constante en hablar de esta materia, que las monjas se habian fastidiado de oirlo, y mas por que les parecia no ser aquel asunto para un monasterio; y las mas virtuosas formaban opinion de que lo hacia por hu-

millarse, como queriendo hacer creer que no sabía encontrar otro argumento sobre qué discurrir. Una vez, llegado el dia establecido para predicar á estas religiosas, hecha la señal á la comunidad, Sor Ursula Neirotti, que en aquel momento se hallaba en el jardin con otra lega, dijo con un poco de incomodidad: „este buen „Padre hasta hoy nos hará escuchar la acos„tumbrada plática sobre los que cometen sacri„legios, callando maliciosamente pecados en la „confesion. ¿Es este sermon que debe hacerse „á las monjas? ¿Os parece que en los monas„terios pueda haber quien llegue á cometer es„tos escesos, abusando de los Sacramentos?" A estas palabras, dando la otra un profundo suspiro y deshaciendose en lágrimas, respondió: „ojalá no fuese así; y yo, yo soy rea de esta „gravísima culpa; pero hoy mismo quiero ter„minarla, y salir de este penosísimo estado: hoy „mismo quiero hacer una confesion general, y „ajustar enteramente las cuentas de mi con„ciencia." Dicho esto, se fueron donde se acostumbraba hacer la plática. Esperaban las monjas oir hablar á VALFRE de la acostumbrada culpa, cuando él comenzó así: „Cuando una al„ma, la cual por tentacion diabólica ha callado „maliciosamente un pecado en la confesion,

„vencida de la gracia de Dios, hace verdadero „propósito de mudar de vida y confesarse bien, „¡ó qué bella resolucion hace! ¡Dichosa de ella! „¡Cuán grande consuelo esperimentará en abrir „su alma al Sacerdote! ¡Qué fiesta no se hará „por ella en el Paraiso! ¡Cuanto se consumirán „de rabia los Demonios en el Infierno!" Y de aquí prosiguió á tratar en todo el sermon sobre la felicidad de quien se reconcilia verdaderamente con Dios: y en adelante no se le oyó decir mas ninguna palabra en aquel monasterio ni de confesiones malhechas ni de sacrilegios.

Sor Ana Rattera, del mismo monasterio, pocos dias ántes de vestir el sagrado hábito, confesándose con el Siervo de Dios, vencida de vergüenza le ocultó que la tarde ántes se habia escedido algun poco en la bebida; la cual cosa, aunque ella conociese haber sido una pequeña intemperancia, con todo, por no haberse acusado de ella, despues de apartarse del confesonario, no sabia si debia ó no acercarse á la santa Comunion. Mientras ella se hallaba en esta turbacion de conciencia, VALFRE le mandó decir que tenia que hablarle. Volviendo ella inmediatamente al confesonario, oyó que le dijo: *si yo ayer tarde me hubiera escedido algun*

poco en el vino, ciertamente no habria dicho hoy la santa Misa, sin haberme confesado ántes. Mirando Ana, que le era á él conocida su falta y su duda, pudo ya ligeramente vencer su cortedad y confesar su culpa.

Sor Maria Rosa Denacona de Cristo Crucificado, habiendo ido al coro para visitar al Santísimo Sacramento, vió que le hacia señas VALFRE desde la cratícula donde comulgan las monjas, como si desease decirle alguna cosa. Dirigiose al locutorio, preguntóla ¿si quería que le descubriese sus defectos? y respondiendo la religiosa que esto le agradaba grandemente; al momento se los manifestó, conociéndolos por luz sobrenatural; porque todos ellos eran de poco momento, ni ella los habia manifestado jamás á ninguno, ni aun la misma los habia nunca advertido.

Sor María Delfina Bertoglia de Santa Pelagia, estando con otras religiosas en la sala de labor, habiendo oido que estaba allí SEBASTIAN para predicarles, dijo con un poco de impaciencia: *¡Bendito Padre Valfré: bien podia venir á otra hora: tenemos otras cosas que hacer ántes que ir á escucharlo!* No obstante, á pesar de estas quejas, dejándolo todo, se fué con sus compañeras á la Iglesia: pero cuanto no tem-

biaron todas ellas, cuando oyeron al Beato comenzar así su discurso. *¡Bendito Padre Valfré: bien podia venir á otra hora: tenemos otras cosas que hacer ántes que ir á escucharlo!* Y despues de haberles dicho muchas cosas sobre el particular, agregó: que en lo succesivo, cuando estuviesen ocupadas se lo hiciesen saber, que él diferiria su venida para tiempo mas oportuno.

En otro monasterio, estando una religiosa sola en su celda, habiendo visto delante de sí un confite, se lo comió sin advertirlo; y habiendo ido en aquella mañana VALFRE fué á confesarse con él. Recibida la absolucion le pregunto (como acostumbraba hacerlo), ¿si podia comulgar? *No,* respondió el Beato, *por esta mañana no podeis comulgar, pues no estais en ayunas: ¿no os acordais que os habeis comido un confite?*

Sin insistir ya mas en referir todos los casos de esta naturaleza acaecidos en los monasterios, mencionaré únicamente el que se halla al fin del exámen jurídico de Sor Clara Andrea Garagna de Santa Clara. „Generalmente „se creía aquí entre nosotras, que el Venerable „SEBASTIAN VALFRE, estaba dotado por el Se„ñor de luces sobrenaturales para conocer lo

„interior de los corazones: por lo cual muchas „de nuestras religiosas, como supe de ellas en „confianza, se guardaban de caer en faltas, por „temor de que el Siervo de Dios las amones„tase, ó predicando públicamente, ó en secreto ó „de otra manera: y yo tambien por estas mis„mas razones estaba muy atenta sobre todas mis „acciones." Y Sor Maria Delfina, la que ya he nombrado arriba, dice en el proceso lo mismo. „Sin aquello que me sucedió á mí misma, de „oir me repetia las mismas palabras que yo habia „dicho en la sala de labor; (lo que era humana„mente imposible, que él supiese; porque las „religiosas que me oyeron, no se apartaron de „mí lado hasta que se acabó la plática); digo „que la persuasion comun de todas nosotras „era, que el Siervo de Dios veía nuestros de„fectos; y por esto acostumbrábamos con fre„cuencia amonestarnos mútuamente para andar „con cautela, porque el Padre VALFRE sabia to„do, y en sus sermones nos habia corregido."

Este privilegio divino de SEBASTIAN no se limitaba únicamente á los monasterios. El Presbítero Felipe Maria Occhis, Capellan Real, atestigua: que VALFRE le rogó un dia llevase cierta cantidad á la tienda de un panadero: habiendo pasado á ella, encontró á una muger so.

la de mediana edad, y observando su fisonomia, le vino al pensamiento que era de mala vida. No se detuvo cosa en esta imaginacion, y cumplido su encargo volvió á VALFRE, quien al verlo le dijo: *sepa que esa muger es muy honrada.* Quedó atónito el Sacerdote al escucharle; porque no habia manifestado á ninguno aquel pensamiento.

Un labrador de Verduno, oyendo decir las grandes limosnas que hacia SEBASTIAN, salió de su pátria y se dirigió á Turín; pero ántes de entrar en la ciudad, creyó conveniente desnudarse de las mejores ropas que tenia encima, y dejándolas en la hosteria inmediata á la Iglesia del Salvador, fuera de la Puerta nueva, medio vestido y medio desnudo se presentó á VALFRE, para moverlo á mayor compasion y obtener mas crecida limosna. SEBASTIAN, apenas lo vió, le dijo: *anda y vístete de la ropa que has dejado en la hosteria: á la vuelta hablaremos de limosna.* Temblando todo por verse descubierto, obedeció; y volviendo á él, recibió con la limosna una amonestacion; porque habia fingido y usado de semejante artificio.

Así como el Beato conocia el interior de los corazones, del mismo modo anunciaba las cosas futuras. En 1699, poco ántes que viese

la luz el Príncipe heredero, cuyo nacimiento habia predicho, estaba en la Capilla del Real Palacio, rezando el Rosario de la Santísima Virgen con los Capellanes y con otros: cuando improvisamente dejó el Rosario y entonó el *Te Deum.* Esta novedad movió á risa á algunos; no sabiendo por qué dejaba así á medias una oracion, principiando otra; pero bien pronto ocupó su lugar una general admiracion; porque ácia el fin del rezo de aquel himno, se supo que la Reina habia parido felizmente. Déjo á los lectores el imaginar el asombro de los que presenciaron este hecho. Quedáron todos admirados, enmudecidos, y se miraban unos á otros: finalmente, rompiendo el silencio el Abate Alejandro Doria del Maro, Limosnero de la Corte, le dijo abrasándole: *vos, Padre Valfré, sois un verdadero Santo;* pero él, segun acostumbraba, burlándose de esto, diciendo una chanza, se retiró.

Cuando en 1706 estaba estrechamente sitiado Turin por los franceses, el Abate Antonio de Bernardi, yendo á buscar al Beato, lleno de temor le dijo: „Padre VALFRE, nuestras „cosas están en pesímo estado: yo no sé como „acabaremos: la ruina de la ciudad, como todos „ven, es inminente; yo no tengo la menor esperan-

„za.» (Parecia en efecto que ninguna les quedaba á los de Turin,) Pero el Siervo de Dios le respondió: *no os aflijais, sino manteneos alegre y animoso: sigamos haciendo oracion, que mañana estaremos libres: no lo dudeis, Dios está por nosotros.* Cumplióse puntualmente la prediccion, la cual algunos dias ántes habia hecho yá á diversas personas, sus confidentes, que inconsolablemente se afligian de la desgracia, que por lo que se miraba parecia segura.

Predijo tambien la ruina del simborrio de nuestra Iglesia que se estaba fabricando, á muchos que lo felicitaban por el edificio que levantaban los Felipenses. Dispuso él al Padre Perraldi á resignarse á una gravisima desgracia, que sucederia á la Congregacion, y de la cual le tocaria á él la mayor parte. Cuatro años despues de la muerte del Beato, siendo Prerraldi Prefecto de la fábrica, en el mes de Octubre de 1715, una noche, cuando la elevada cúpula casi llegaba á su término, improvisamente, con mucho perjuicio nuestro vino á tierra.

La ya citada Victoria Fornari Donzel, atestigua con juramento: que estando gravemente enferma y cerca de espirar, habiendo ya recibido la Extremauncion, fué á visitarla

VALFRE, el cual le dijo estas terminantes palabras: *no os alegreis de morir pronto, que aun es necesario trabajeis en este mundo.* Y aquel mismo dia, aunque desahúciada de los médicos, comenzó á mejorar y sanó perfectamente.

En el mes de Octubre del año de 1691 el Conde Lorenzo Boasso, uno de los Regidores y Secretario de Turin, se hallaba en tan pésimo estado de salud, que todos los médicos declararon su mal irremediable. Mientras él estaba esperando de momento en momento pasar á la otra vida, se le presentó VALFRE y le dijo: *querido Conde, he venido á haceros una visita.* A esto le respondió el enfermo: *sí, Padre, vendrá como buen amigo á avisarme que me disponga á la muerte: ¿no es así? Pero ya los médicos me lo han anunciado; y yo he hecho lo que he podido para alcanzar la misericordia de Dios: y la obtendré ciertamente si vos rogareis por mí.* A esto replicó el Beato: *muy diverso es el motivo de mi venida: ántes vengo á decirle, que teniendo que hablaros cosas de importancia, os espero pronto en mi aposento para poder tratar libremente y con comodidad;* y al decir esto, echándole la bendicion, y héchole rezar una brevísima oracion, se sintió el enfermo en aquel mismo punto fortalecer el cuerpo y el espíri-

tu; y el mal tenido por incapaz de remedio comenzó á ceder de manera, que muy en breve pudo ir á nuestra casa, segun le habia dicho SEBASTIAN.

Estando ya en agonía un tal Carlos Raymondi, su muger fué á buscar á VALFRE, y con lágrimas en los ojos le dijo: *Vuestra Reverencia no verá mas á su amigo, mi pobre marido, que está para espirar;* á la cual repentinamente le respondió así. *No, no: alabad á Dios y dadle gracias, porque vuestro marido sanará;* como sucedió.

En 1693, en ocasion que él habia pasado á Alba para asistir á la traslacion solemne del Cuerpo de la Beata Margarita de Saboya, el Canónigo Felipe Prandi le rogó visitase á la Condesa su madre, que siendo de edad de setenta años estaba atacada de una mortal enfermedad de pecho: condescendió voluntariamente SEBASTIAN, y viendo que el Canónigo estaba estremamente afligido, le dijo: *tenga ánimo y consuélese, porque su madre sanará y vivirá todavía otro año mas.*

Estando un dia el Beato en su aposento, hablando con un Sacerdote amigo suyo, derrepente se levantó de la silla diciendo: *vamos á visitar al Prior Zo, que está enfermo.* Llegando á

su casa, lo hallaron agonizando, privado de sentidos, y desahuciado hacía cuatro dias por los médicos; por lo cual el padre, la madre, los hermanos y los demás de la familia lo lloraban por muerto. SEBASTIAN, despues de haberse detenido por un momento considerándolo atentamente, preguntó á su madre, ¿qué cosa le ministraban, para mantener las fuerzas? *Nada,* respondió aquella muger afligidísima, enjugando el llanto; *porque nada puede pasar.* A lo que replicó él: *á mí me pareceria bien procurar nutrirlo de alguna manera.* Entónces la madre, solo por complacer á FALFRE, sin tener la menor esperanza de que pudiese tomar algo su hijo, le acercó á la boca una cuchara con un poco de caldo, que fué todo tragado prontamente por el enfermo. Viendo esto SEBASTIAN, se retiró con su compañero diciendo á aquella desconsolada familia: *¡quién sabe si Dios quiere que viva todavía! Me voy al Oratorio, y lo encomendaré al Señor, y encargaré que otros hagan lo mismo.* La noche siguiente el moribundo salió del letargo, y en poco tiempo sanó, con admiracion de todos los que decian que estaba vivo por las oraciones de SEBASTIAN.

Pasó el Beato á visitar al Senador Francisco Awenati, que estaba reducido al térmi-

no de sus dias por una fiebre maligna, con el Padre á la cabecera. Entrando en su recámara, se arrodilló al pié de la cama, y hecha una corta oracion, sin decir nada á ninguno se retiraba. Uno de sus domésticos se adelantó á rogarle viese tambien á la muger del moribundo, que igualmente se hallaba en peligro de la vida. Introducido á su pieza, despues de haberle echado la bendicion le dijo: *¡valor! no se amilane: yo espero que no pasará mucho y vendrá con su marido á nuestra Iglesia á dar gracias á S. Felipe.* Despues de pasados doce dias fueron en efecto los dos, tan sanos, que pudieron oir misa en el altar del Santo, y recibir la comunion.

Mas admirable y prodigioso fué el siguiente vaticinio. A principios de marzo de 1709, Juvenal Celebrino, de la Ciudad de Fossano, fué atacado de un grave frio acompañado de fiebre y de un tumor detrás de la oreja izquierda, el cual no rebentando espontáneamente, debió serle abierto por el Cirujano. Poco tiempo despues, continuándose todavia aquella curacion, le sobrevino otro sobre el cuello, el cual, además del grande dolor que le causaba, le habia oprimido de tal manera las fauces, que no pudiendo ya tragar, debia someterse á una do-

lorosísima operacion; y como si todos estos males no fuesen nada, tenia un dolor agudísimo en la cabeza, al cual ni los médicos de Fossano ni los forasteros hechos venir de los lugares inmediatos, supieron hallar remedio ni alivio. Aconsejósele por esto, que si el mal se aliviaba algun poco, fuese á Turin, á ver si entre aquellos profesores se podia hallar alguno que pudiese conocer y curar su enfermedad. A fines de Septiembre pudo él moverse para la Capital; y el Padre Cárlos Francisco Vazzuolo, de los nuestros, que era su confesor, lo recomendó estrechamente con una carta á VALFRÈ, el cual, deseando agradar á su amigo, no dejaba de ir aun dos veces al dia á casa de Celebrino. En todas sus visitas el Beato contaba el hecho memorable de Coringa sitiada por los infieles, quienes levantaron de allí el sitio espantados de la muerte de su General, ocasionada de un tiro de cañon al que dió fuego un niño; quedando libre así aquella Ciudad, cuando se creian totalmente perdidos sus ciudadanos: agregando casi siempre despues de esta narracion al enfermo: *Confie en Dios; porque ¿quien sabe si cuando menos lo piense, querrá el Señor ayudarlo?* Pero el mal entretanto iba creciendo cada dia. Su muger sumamente

desconsolada, á instancia de los médicos y cirujanos, rogaba al Beato dispusiese á su marido á hacer testamento y arreglar las cosas de su alma; á lo que él decia á la afligida Señora, que no dudase, y se encomendase á Dios; repitiendo siempre el hecho de la libertad de Coringa. Detúvose Juvenal en Turin hasta noviembre, aunque con pocas esperanzas de su curacion; pero caminando de malo en peor, le aconsejaron todos los profesores se volviese á su pátria, diciéndole claramente: que no sabian encontrar remedio á aquel mal. Con tal anuncio, desanimado totalmente el enfermo se puso de nuevo en camino, y dentro de tres dias llegó á Tossano; donde habiendo empeorado estraordinariamente, recibió con religiosidad los Sacramentos, hizo testamento, y resignado y conforme esperaba de una hora á otra la muerte. En este estado, mientras él se quejaba mucho de la violencia del dolor de cabeza, se le propuso raerle los cabellos, á ver si con esto podia sentir algun alivio. Haciendo esta operacion el cirujano, descubrió puntualmente en el lugar donde era mayor el dolor una pequeña escrecencia, no vista antes por ninguno, y habiéndole al momento dado un corte, salió una cantidad inmensa de materias corrompidas, las

cuales, á proporcion que salian, aliviaban al pobre enfermo. Hecho esto, y salido para fuera aquel perjudicial humor, se curaron perfectamente las úlceras, se desvanecieron los tumores, cesó la fiebre, y con presteza sanó el enfermo; el cual con su muger, viendo que se habian cumplido las promesas; esto es, que *serian consolados cuando menos lo pensasen;* publicaron todo aquello que cada dia les decia en Turin el Beato.

La Marquesa de Pianezza, el médico Ricca, Francisca Maria Olivieri de Sommariva del Bosque, habian tambien recibido los santos Sacramentos, y estaban reducidos á la agonía; y todos curaron conforme á la prediccion de SEBASTIAN. Vaticinó tambien la muerte infeliz de dos sobrinos suyos, de los cuales uno terminó sus dias precipitándose en un pozo, y el otro fué asesinado en 1701. Si estos dos jóvenes hubiesen dado oido á los consejos del tio, no habrian tenido el fin desgraciado que tuvieron.

A algunas doncellas que habian resuelto ser religiosas les dijo, que permanecerían en el siglo: á otras que querian casarse, al contrario, les aseguró que variarian de idea y se encerrarian en un claustro.

En el año de 1692, el Conde de Castigliole Ascanio Asinari, volvia de las Capuchinas donde habia ido á asistir á la funcion de una hija suya que tomó aquel hábito religioso. Vió-lo el Siervo de Dios, y le dijo: *Lo que ahora habeis visto hacer á vuestra hija, no pasará mucho sin que otros lo vean hacer á vos.* Aunque este Señor (que llevaba algunos meses de viudo) no se hubiese conocido jamás llamado al estado religioso, y parecia que pensase en cosa muy diversa, en el año siguiente entró de Carmelita descalzo.

Pero no terminaría nunca, si quisiese contar todas las predicciones hechas por VALFRÉ; por lo cual, bastando las dichas, darémos fin con agregar solamente el testimónio de Victor Amadeo II, quien hablando del Siervo de Dios ya difunto, se espresó así: *Yo tengo al Padre Valfré por un verdadero Santo: todas mis cosas me las ha previsto: todas se han cumplido como me dijo.* Cuando aquel Príncipe daba este testimonio, acaso no pensaba que se habria de cumplir tambien otra prediccion del Beato. Todos saben lo que tuvo que padecer despues de renunciado el Reino en 1730. Cuando se vió arrestado en Moncalieri, para ser conducido al castillo de Rívali, y de allí nuevamente

trasportado á Moncalieri por influjo de la Marquesa de Spigno, se acordó que tantas desventuras sobrevenidas por una muger, le habian sido anunciadas por su amadísimo Padre VALFRE, quien muchas veces le dijo que *una* muger lo arruinaría. La memoria de esta prediccion tan puntualmente cumplida lo animó á sufrir aquel menosprecio con ánimo resignado y corazon penitente. Entregado todo á los ejercicios de religion, llamó para su espiritual asistencia á nuestro Padre Perrardi, íntimo amigo que fué de SEBASTIAN, y bajo su direccion se dispuso á la muerte, la que le sobrevino entre mil conocidos sentimientos de paciencia y compuncion.

CAPÍTULO XXI.

De otras curaciones milagrosas obradas en vida por el Beato Sebastian.

Ya hemos hecho ver en muchos lugares, cuantas gracias y prodigios ejecutó el Beato SEBASTIAN, para proveer á las necesidades de los pobres, ó para ayudar especialmente en las almas á los enfermos: juzgamos ahora no desagradará al lector, el referirle otras muchas cosas he-